

EL ACOMPAÑAMIENTO. LA EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DURANTE EL SÍNODO SOBRE LOS JÓVENES

Rossano Sala¹

UN CAMINO LARGO Y ARTICULADO PARA Y CON LOS JÓVENES

Pude participar, desde el principio, en el camino de preparación de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre el tema “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional” y, tuve la inmensa suerte, como Secretario Especial, de tomar parte activa en la Asamblea del Sínodo que se celebró del 3 al 28 de octubre de 2018. Pude vivirlo tanto “dentro” como “detrás” de la Asamblea, ofreciendo mi pequeña contribución.

Ahora estamos en la fase de recepción de este Sínodo, tratando de preguntarnos qué nos pide el Señor respecto al hacer y estar *con* y *para* los jóvenes. ¿Qué nuevos caminos pastorales abre el Sínodo? ¿Cómo podemos caminar con los jóvenes en su discernimiento vocacional? ¿Cómo podemos, realmente, como Iglesia, encontrar y transmitir a los jóvenes las razones de nuestra esperanza, involucrándolos en la misión? ¿Cómo podemos rejuvenecer el rostro de la

¹ Salesiano. Secretario especial del Sínodo de los Jóvenes 2018. Profesor de Pastoral Juvenil en la Pontificia Universidad Salesiana de Roma. Director de la revista “Note di pastorale giovanile”

228 El acompañamiento. La evolución del concepto durante el sínodo sobre los jóvenes

Iglesia junto con los jóvenes? ¿Cuáles son las formas de acompañamiento abiertas por el camino sinodal?

Me han pedido que, en esta intervención, hablara de manera específica sobre el acompañamiento y, en particular, sobre su *evolución* durante el camino sinodal². Porque ha sido un camino largo y articulado: comenzamos en octubre de 2016, cuando se anunció el tema del Sínodo y acabamos el 25 de marzo de 2019, cuando se publicó la exhortación apostólica post-sinodal *Christus vivit*, por parte del papa Francisco.

Entre estos dos extremos, ha habido muchas cosas interesantes: la publicación del *Documento preparatorio* (13 de enero de 2017); la entrega al Santo Padre del documento fruto de la *Reunión presinodal* de los jóvenes (25 de marzo de 2018); la publicación del *Instrumentum laboris* (8 de mayo - 19 de junio de 2018); la *Asamblea sinodal* (del 3 al 18 de octubre de 2018), culminando con la publicación del *Documento final* (25 de marzo de 2019). En vista de la *Asamblea sinodal*, también hubo un *Seminario internacional sobre la condición juvenil* (11-15 de septiembre de 2017) y un *Cuestionario on-line* destinado a los jóvenes (junio-diciembre de 2017).

Este recorrido amplio y articulado ya es, para nosotros, un estilo y un método de acompañamiento: ¡no ocupamos espacios, sino que creamos procesos! Lo que cuenta es el camino que hemos hecho juntos, es tener en cuenta todo el proceso que nos renueva. Por este motivo, las referencias fundamentales que daré serán tanto del *Instrumentum laboris* (IL) como del *Documento final* (DF). En algunos momentos también me referiré al *Documento Preparatorio* (DP). Es importante recordar que estos dos textos deben ser leídos y estudiados junto con la *Christus vivit* (ChV):

Me he dejado inspirar por la riqueza de las reflexiones y diálogos del Sínodo del año pasado. No podré recoger aquí todos los aportes que ustedes podrán leer en el *Documento final*, pero he tratado de asumir, en la redac-

2 Ya se trató el tema del acompañamiento en el Sínodo, desde el punto de vista sistemático, en un artículo en lengua española: R. SALA, “*Acompañando a los jóvenes en el discernimiento vocacional. Las indicaciones que provienen del camino sinodal*”, EN: *TEOLOGÍA Y CATEQUESIS* 144 (2019) 111-133.

ción de esta carta, las propuestas que me parecieron más significativas. De ese modo, mi palabra estará cargada de miles de voces de creyentes de todo el mundo que hicieron llegar sus opiniones al Sínodo. Aún los jóvenes no creyentes, que quisieron participar con sus reflexiones, han propuesto cuestiones que me plantearon nuevas preguntas. (*CbV* 4).

Es importante aclarar la relación entre el *Instrumentum laboris* y el *Documento final*. El primero es el marco de referencia unitario y sintético que deriva de dos años de escucha; el segundo es el fruto del discernimiento realizado y recoge los núcleos temáticos generativos sobre los que los Padres sinodales se han concentrado con especial intensidad y pasión. Por lo tanto, reconocemos la diversidad y la complementariedad de estos dos textos (*DF* 3).

Ahora, como decía antes, estamos en la fase de recepción del camino sinodal por parte de las Iglesias locales. Se trata de la parte más difícil y la que menos suele ser tomada en consideración. Porque, generalmente, en el imaginario común, el Sínodo es un poco como lo del Papa: “¡A Papa muerto, Papa puesto!”. En nuestro tiempo posmoderno, tan ligado a los eventos y tan poco a los caminos, también la pastoral de la Iglesia sufre este destino. Alguno en Italia habla de la “pastoral del billar”, porque un evento es como una bola de billar que, cuando se mete en el hoyo, se vuelve insignificante. En su lugar, es necesario buscar otro evento en el que concentrarse. Pienso que este es uno de los problemas de nuestro tiempo, que debería ser abordado con seriedad. ¡Se necesitan menos eventos y más caminos!

LOS DOS PILARES DEL CAMINO. SINODALIDAD Y DISCERNIMIENTO

Antes de tratar, directamente, de la evolución de la idea del acompañamiento, quiero hablar respectivamente de la sinodalidad y del discernimiento, que son, en mi opinión, los dos pilares del camino que hicimos en el Sínodo y que generaron y apoyaron juntos el acompañamiento como concepto clave de todo el camino sinodal que hemos realizado.

La gran adquisición del camino del Sínodo fue el redescubrimiento de la sinodalidad en clave misionera. Los jóvenes no nos pidieron, ante todo, ser

“instruidos” por nosotros. Ni siquiera nos pidieron que “los dejáramos en paz”, incluso aunque alguien lo hiciese. Y ni siquiera que organizáramos algo *con* ellos. Nos pidieron que fuéramos una Iglesia que caminara con ellos. Nos pidieron que fuéramos, primero y, sobre todo, “compañeros de camino”. En el episodio de Emaús, es interesante que Jesús camine con los dos viandantes sin importar la dirección del camino, ¡lo que importaba, sobre todo, era la lógica de compartir el camino!

Fue interesante el debate sinodal sobre la elección del icono bíblico de referencia para el Sínodo. La opción sobre Emaús —un camino de acompañamiento— quedó clara y fue acogida por todos: antes de “hablar a los jóvenes”, necesitamos “hablar con los jóvenes”, dando prioridad a la conversación, al intercambio, a la familiaridad y a la confianza. Se parte, por tanto, de una proximidad clara y definida. Esto, en términos más generales, atañe a nuestro diálogo con el mundo, al que tenemos algo que dar y del que tenemos algo que recibir, en un verdadero intercambio de dones que implementar. Sin embargo, el relato de Emaús no es una imagen bíblica ajena al camino sinodal, sino una caracterización estilística fundamental. Las opciones redaccionales del *DF* son claras a este respecto:

Hemos reconocido en el episodio de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35) un texto paradigmático para comprender la misión eclesial en relación a las jóvenes generaciones. Esta página expresa bien lo que hemos vivido en el Sínodo y lo que quisiéramos que cada una de nuestras Iglesias particulares pudiese vivir en lo que concierne a los jóvenes (*DF* 4).

Además del *Proemio* que acabamos de mencionar, cada una de las tres partes está introducida por un pasaje bíblico significativo: en relación al “reconocer” (primera parte, n. 5), “interpretar” (segunda parte, n. 58) y “elegir” (tercera parte, n. 114). Teológicamente hablando, este estilo, que hace del acompañamiento *una forma de ser Iglesia*, tiene sus raíces en la práctica eucarística del compartir el pan; de ahí deriva, de manera significativa, el término “acompañamiento”, que es mucho más que una simple palabra:

Como enseña la narración de los discípulos de Emaús, acompañar requiere la disponibilidad a hacer juntos un tramo del camino, entablando una

relación significativa. El origen del término “acompañar” remite al pan partido y compartido (*cum pane*), con toda la riqueza simbólica humana y sacramental de esta remisión. Es, por tanto, la comunidad en su conjunto el primer sujeto del acompañamiento, precisamente porque en su seno se desarrolla la trama de relaciones que puede sostener a la persona en su camino y ofrecerle puntos de referencia y de orientación. El acompañamiento, en el crecimiento humano y cristiano hacia la vida adulta, es una de las formas con las que la comunidad se muestra capaz de renovarse y de renovar el mundo (DF 92).

Durante el camino sinodal, junto con la “sinodalidad misionera”, surgió con fuerza el gran tema del discernimiento. Porque hoy vivimos en una gran complejidad difícil de dominar. Estamos en un “cambio de época”. Por eso, el discernimiento, que es ante todo una práctica espiritual para poner orden en nuestra vida, está en la cima de las prioridades de nuestro tiempo. Es un tema estratégico no solo para los jóvenes, sino también para toda la Iglesia.

En el proceso sinodal partimos de la necesidad de ayudar a los jóvenes en su discernimiento vocacional y, lentamente, nos dimos cuenta de que la Iglesia misma estaba en cierto sentido en una “deuda de discernimiento”: al no poder discernir, la Iglesia no tiene la posibilidad de ayudar a los jóvenes a hacerlo. Entrar en las dinámicas y en el proceso de discernimiento se ha convertido, paso a paso, en una exigencia del camino sinodal. Se vio la necesidad de comprender, profundizar, clarificar y practicar el discernimiento en forma de camino compartido que, luego, se convirtió en un estilo sinodal. Como nos dijo el Santo Padre el 3 de octubre de 2018,

El Sínodo es un ejercicio eclesial de discernimiento. La franqueza en el hablar y la apertura en el escuchar son fundamentales para que el Sínodo sea un proceso de discernimiento. El discernimiento no es un *slogan* publicitario, no es una técnica organizativa, y ni siquiera una moda de este pontificado, sino una *actitud interior* que tiene su raíz en un *acto de fe*. El discernimiento es el método y a la vez el objetivo que nos proponemos: se funda en la convicción de que Dios está actuando en la historia del mundo, en los acontecimientos de la vida, en las personas que encuentran y que me hablan. Por eso estamos llamados a ponernos en actitud

de escuchar lo que el Espíritu nos sugiere, de maneras y en direcciones muchas veces imprevisibles.

Por tanto, el “método de discernimiento” ha orientado el proceso sinodal desde adentro. El silencio de tres minutos, cada cinco intervenciones, durante la Asamblea sinodal, fue una señal fuerte.

Era importante reconocer que el “sujeto jóvenes” y el “sujeto Iglesia” se han encontrado en la misma situación: no solo los jóvenes tienen que discernir para alcanzar su vocación, sino que también la Iglesia debe hacer esto para vivir con sabiduría y prudencia en nuestro tiempo. Por tanto, las indicaciones sobre el discernimiento producidas durante el camino sinodal (cf. *DP* II, 2; *IL* 1, 2, 4, 73, 137-139; *DF* 62, 104-105, 110-113, 124) son, en cierto sentido, “intercambiables”: lo que se dice para los jóvenes vale para la Iglesia y viceversa.

La Iglesia en su conjunto está llamada a asumir el *habitus* del discernimiento en su forma de pensar, planificar y realizar su misión. Por eso estamos llamados a crear ambientes adecuados para el discernimiento.

UNA PRIMERA IDEA DE ACOMPAÑAMIENTO

En el *DP* –que tenía el simple propósito de introducir la reflexión sobre los términos clave del Sínodo– no tenemos un gran estudio en profundidad del tema del acompañamiento: se habla de él en el punto 4 de la Parte II, y se concibe, lógicamente, en función del discernimiento vocacional, centro del tema sinodal. El acompañamiento es concebido como una “herramienta” para llegar al conocimiento exacto de la propia vocación, a través de la ayuda de personas expertas y preparadas: de hecho, más que del acompañamiento, en esta fase hablamos mucho más de los acompañantes. Y llegamos a identificar, en Jesús, el modelo al que hacer referencia para tener los parámetros del buen acompañante, porque

los pasajes evangélicos que narran el encuentro de Jesús con las personas de su tiempo resaltan algunos elementos que nos ayudan a trazar el perfil ideal de quien acompaña a un joven en el discernimiento vocacional: la mirada amorosa (la vocación de los primeros discípulos, cfr. *Jn* 1,35-

51); la palabra con autoridad (la enseñanza en la sinagoga de Cafarnaún, cfr. Lc 4,32); la capacidad de “hacerse prójimo” (la parábola del buen samaritano, cfr. Lc 10,25-37); la opción de “caminar al lado” (los discípulos de Emaús, cfr. Lc 24,13-35); el testimonio de autenticidad, sin miedo a ir en contra de los prejuicios más generalizados (el lavatorio de los pies en la última cena, cfr. Jn 13,1-20).

A partir de las respuestas a las solicitudes del *DP*, tomó forma el *IL*. Muchos indicaron, para comprender el tema del acompañamiento, algunos números de la *Evangelii gaudium* sobre el tema (nn. 169-173). Creo que la *Evangelii gaudium* es una referencia importante que está como trasfondo de base y que hay que tener siempre a la mano y presente, porque sitúa al Sínodo en su propio ámbito, que es el punto de inflexión misionera de la Iglesia. Los cinco números de la *Evangelii gaudium* nos ayudan a pensar en el acompañamiento dentro de la lógica de la personalización de la vida de fe: sin ella permanecemos en el anonimato y en la falta de fraternidad, mientras que «la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario [...] Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de *proximidad*, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (n. 169). En esos números están presentes muchas características del acompañamiento que surgieron y se desarrollaron a lo largo del camino sinodal: reconocerse peregrinos en la fe (n. 170), aprender una forma de proceder juntos que nace de la escucha y del respeto del otro, pero capaz para liberar su libertad (n. 171), la gran responsabilidad que atañe a los llamados a acompañar (n. 172) y la orientación misionera del acompañamiento, donde “los discípulos misioneros acompañan a los discípulos misioneros” (n. 173).

Junto con este texto esencial, es importante tener en cuenta los dos capítulos dedicados al acompañamiento presente en el *IL* y el *DF*, respectivamente. Ambos están en la Parte segunda, que tienen como centro, el verbo *interpretar*. En *IL*, el tema del acompañamiento (*El arte de acompañar* 120-136) está situado como el último capítulo de la Parte segunda, después del tema del discernimiento. Mientras que en el *DF* se sitúa en el penúltimo capítulo, antes del discernimiento. Esta inversión ya es, para nosotros, una señal importante. De hecho, los Padres sinodales subrayaron que el acompañamiento es para el discernimiento: el acompañamiento es el clima necesario y el estilo apropiado

234 *El acompañamiento. La evolución del concepto durante el sínodo sobre los jóvenes*

para hacer un buen discernimiento. Y, luego, el mismo acompañamiento es más amplio que el discernimiento en cuanto tal: es un estilo comunitario que hace de la Iglesia una familia en amistad con Dios y con los hombres.

Comenzamos a ver más de cerca los números que nos interesan en el *IL* sobre el tema del acompañamiento que se concibe, ante todo, en función del discernimiento vocacional. En primer lugar, manifiestan la complejidad y la riqueza del término “acompañamiento”, que es verdaderamente una *realidad poliédrica* que necesita ser comprendida en todas sus diferentes facetas, armónicamente integradas. Solo así lograremos una verdadera comprensión en toda su riqueza:

Toda la tradición de la espiritualidad insiste en cuánto es fundamental el acompañamiento, especialmente durante el proceso de discernimiento vocacional. Los jóvenes de la reunión pre-sinodal expresaron reiteradamente la misma necesidad, enfatizando de manera particular la importancia del testimonio y de la humanidad de los acompañadores. También muchas Conferencias episcopales subrayan que los jóvenes piden disponibilidad para este servicio a los responsables eclesiales y ponen en evidencia que a menudo les resulta difícil asegurarlo (*IL* 120).

El capítulo se abre, después, a un reconocimiento de los diversos tipos de acompañamiento, con la clara convicción de que “acompañamiento se formula de muchos modos” (*IL* 121), porque

las respuestas recibidas muestran que algunas Conferencias episcopales comprenden el acompañamiento en sentido “amplio” (incluyendo reuniones ocasionales, buenos consejos, momentos de confrontación sobre diferentes temas), para otros es algo muy específico en la perspectiva de un “*coaching* cristiano”. Quienes acompañan pueden ser hombres y mujeres, religiosos y laicos, parejas; además, la comunidad juega un rol decisivo. El acompañamiento de los jóvenes, por parte de la Iglesia, asume así una variedad de formas, directas e indirectas, que intercepta una pluralidad de dimensiones y utiliza múltiples instrumentos, según el contexto en el que se coloca y el grado de participación eclesial y de fe de quien es acompañado (*IL* 122).

Es muy importante, en este punto, no solo tener una lista precisa de los diversos tipos de acompañamiento: acompañamiento espiritual; acompañamiento psicológico; acompañamiento y sacramento de la reconciliación; apoyo familiar formativo y social; acompañamiento en la lectura de los signos de los tiempos; acompañamiento en la vida cotidiana y en la comunidad eclesial, sino también para observar el orden lógico que se utilizó para presentar lo que se recogió. Si miramos cuidadosamente, el movimiento va del singular al plural, del personal a la comunidad. Comienza con el hecho de que “muchas Conferencias Episcopales ven el acompañamiento espiritual personal como un lugar privilegiado, y en muchos casos, único, para el discernimiento vocacional” (*IL* 123) y llegamos a afirmar que,

Igualmente fundamental, también desde una perspectiva vocacional, es el acompañamiento de la comunidad cristiana en su conjunto que, a través de la red de relaciones que genera, propone un estilo de vida y acompaña a quienes emprenden su camino hacia la propia forma de santidad. Como afirma un dicasterio vaticano, «el aspecto individual del acompañamiento en el discernimiento sólo puede ser fecundo si se inserta en una experiencia cristiana teologal, fraterna y fecunda. De la comunidad nace, de hecho, el deseo del don de sí, presupuesto del correcto discernimiento de los modos específicos de vivirlo» (*IL* 129).

EL TONO Y EL ÉXITO DEL DEBATE SINODAL

El *IL* es el punto de llegada tras la escucha de varias fuentes, en cuyo centro se encuentran las respuestas de las Conferencias Episcopales del mundo. Ciertamente, todo *IL* busca organizar el material que le ha llegado, sin agregar demasiado, pero planteando las preguntas emergentes para preparar un fructífero debate sinodal.

Ahora es importante dar un paso más, para ver qué sucedió del 3 al 28 de octubre de 2018, durante la *Asamblea sinodal*. Las discusiones sobre el acompañamiento y también sobre el discernimiento se centraron en una lectura crítica, proactiva e innovadora seria del *IL*. Muchos han sentido la necesidad de comprender el acompañamiento a partir de su ámbito comunitario, con-

vencidos de que el tema y la matriz del acompañamiento es la Iglesia. Uno de los Padres dijo esto sobre el discernimiento:

El acompañamiento de los jóvenes para tomar decisiones que se ajusten a su personalidad, insertadas de manera realista en su contexto, en continuidad con su historia, insertada en una familia, en un pueblo, en una Iglesia se indica de una manera algo sintética en la palabra discernimiento. Es una palabra que indica un itinerario precioso y sabio. Yo la siento como un poco reductora, demasiado individual, demasiado intelectual.

Otro Padre, subrayando que la comunidad cristiana es una familia que acompaña, se expresaba así:

La vocación no se crea en el laboratorio, sino solo dentro de la comunidad. La Iglesia en sí no es una clínica privada, sino un hospital de campaña. Es un espacio de comunión y es la matriz en la que se pueden desarrollar todas las vocaciones. Hemos hablado mucho de clericalismo, pero el verdadero y único antídoto contra el clericalismo es la dinámica de la comunidad cristiana. Los pobres, el pan y la palabra: estas son las tres palabras que forman la comunidad. La Iglesia es el lugar donde miramos juntos en la misma dirección. El reglamento de la vida se aprende jugando en la vida con otros, no en lugares anestesiados. Por eso, el tema principal del acompañamiento es la Iglesia en su conjunto y la comunidad cristiana en su vida cotidiana.

Uno más nos ayudó a encontrar la clave para el discernimiento dentro de una comunidad:

¿Cómo, concretamente, se discierne la vocación al amor? En comunión, es decir, en la Iglesia. El crecimiento vocacional nos hace ser personas espirituales, pero el cumplimiento de la vocación nos convierte en personas de comunión, miembros vivos que construyen el cuerpo, que vivifican la humanidad de una vida nueva a través del Espíritu Santo «que es Señor y dador de vida». Por esta razón, el discernimiento es «espiritual», es «comunal»: se hace en comunidad, junto con otros, porque es la comunidad la que evangeliza, es la comunión la que atrae.

Durante la *Asamblea sinodal* fue criticada una tendencia individualista en el pensar y practicar tanto el acompañamiento como el discernimiento. En cambio, surgió con gran fuerza la presencia y la acción de la comunidad y esto nos hace dar cuenta del enfoque del *DF* sobre estos temas: mientras que en el *IL* el acompañamiento partía desde lo personal y llegaba al nivel comunitario y eclesial, en el *DF* se parte de la Iglesia como sujeto de acompañamiento y luego se llega al nivel personal. Este cambio fue importante, y creo que durante la *Asamblea sinodal* hubo una verdadera “conversión”.

Los títulos dentro del capítulo hacen visible el cambio con claridad: primero “La Iglesia que acompaña”, (*DF* 91-94), luego “El acompañamiento comunitario, de grupo y personal” (*DF* 95-100) y, finalmente, “Acompañantes cualificados» (*DF* 101-103). Dentro de esta estructura se habla, evidentemente, también de acompañamiento personal, psicológico, etc., pero cambia el cuadro de referencia, lo que aclara de una vez por todas que la dimensión eclesial y comunitaria no puede ni debe estar ausente en los caminos personales de acompañamiento, porque

Hay una complementariedad constitutiva entre el acompañamiento personal y el comunitario, que toda espiritualidad o sensibilidad eclesial está llamada a articular de manera original. El acompañamiento personal directo resultará particularmente fecundo sobre todo en algunos momentos especialmente delicados, por ejemplo, la fase del discernimiento respecto a decisiones fundamentales para la vida o a momentos críticos. En cualquier caso, será importante también en la vida cotidiana como camino para profundizar en la relación con el Señor. [...]

Jesús acompañó al grupo de sus discípulos compartiendo con ellos la vida de todos los días. La experiencia comunitaria pone de relieve la calidad y los límites de toda persona y hace crecer la conciencia humilde, pues sin compartir los dones recibidos para el bien de todos no es posible seguir al Señor.

Esta experiencia continúa en la práctica de la Iglesia, ya que los jóvenes participan en grupos, movimientos y asociaciones de distinta naturaleza, donde experimentan un ambiente cálido y acogedor, y aquellas relaciones

intensas que anhelan. Ser miembros de realidades de este tipo resulta particularmente importante una vez completado el itinerario de iniciación cristiana, porque ofrece a los jóvenes el espacio para proseguir la maduración de su vocación cristiana. En estos ambientes hay que alentar la presencia de pastores, a fin de garantizar un acompañamiento adecuado (DF 95.96).

Observad bien lo que sucedió en el Sínodo: hubo una petición clara de recuperar el ambiente comunitario y eclesial de cada acción *con* y *para* los jóvenes. Se trata, en mi opinión, de una indicación muy valiosa para todos nosotros: ¡hacemos pastoral como comunidad y en vistas a la comunidad! A menudo hemos escuchado repetidas veces en la sala del Sínodo que el tiempo de los bateadores que van por libre ha terminado y que es necesario adoptar un estilo comunitario en una acción pastoral. En repetidas ocasiones se ha insistido en la necesidad de trabajar en equipo y en el hecho de que la “profecía de la fraternidad” debe caracterizar nuestra acción pastoral hoy más que nunca. Esta preocupación apareció de muchas maneras, ya en la fase de escucha, a propósito de nuestra forma de vivir y trabajar juntos:

Para acompañar a los jóvenes en su discernimiento vocacional se necesitan no sólo personas competentes, sino también estructuras de animación adecuadas, no sólo eficientes y efectivas sino, sobre todo, atractivas y luminosas por el estilo relacional y las dinámicas fraternales que generan. Algunas Conferencias episcopales sienten la necesidad de una “conversión institucional”. Respetando e integrando nuestras legítimas diferencias, reconocemos en la comunión el camino privilegiado para la misión, sin la cual es imposible ya sea educar como evangelizar. Es cada vez más importante verificar, como Iglesia, no sólo “qué” estamos haciendo para y con los jóvenes, sino también “cómo” lo estamos haciendo (IL 198).

RELANZAMIENTO POST-SINODAL

Por lo que hemos visto, el acompañamiento se convierte en una forma de Iglesia, un modo de presencia, un estilo de camino compartido. Porque es, precisamente, en el camino realizado juntos cuando sanamos, cuando nos convertimos, como bien dijo el papa Francisco en la homilía del pasado 13 de

octubre de 2019, comentando el pasaje evangélico de la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-19):

En el breve evangelio de hoy aparece una decena de verbos de movimiento. Pero, sobre todo, impacta el hecho de que los leprosos no se curan cuando están delante de Jesús, sino después, al caminar: «Mientras iban de camino, quedaron limpios», dice el Evangelio (v. 14). Se curan al ir a Jerusalén, es decir, cuando afrontan un camino de subida. Somos purificados en el camino de la vida, un camino que a menudo es en subida, porque conduce hacia lo alto. La fe requiere un camino, una salida, hace milagros si salimos de nuestras certezas acomodadas, si dejamos nuestros puertos seguros, nuestros nidos confortables. La fe aumenta con el don y crece con el riesgo. La fe avanza cuando vamos equipados de la confianza en Dios. La fe se abre camino a través de pasos humildes y concretos, como humildes y concretos fueron el camino de los leprosos y el baño en el río Jordán de Naamán (cf. 2 Re 5,14-17). También es así para nosotros: avanzamos en la fe con el amor humilde y concreto, con la paciencia cotidiana, invocando a Jesús y siguiendo hacia adelante.

Hay otro aspecto interesante en el camino de los leprosos: avanzan *juntos*. «Iban» y «quedaron limpios», dice el evangelio (v. 14), siempre en plural: la fe es también caminar juntos, nunca solos.

Es el camino el que nos ayuda a convertirnos, a cambiar nuestro punto de vista, a asumir con fuerza la dimensión comunitaria de la fe como criterio de verdad. Si tengo que ser sintético sobre el camino que hemos realizado en el Sínodo, me gusta decir que nos hemos acompañado, recíprocamente, jóvenes y adultos. Y esto nos ha llevado a ver las cosas de una manera nueva. Habíamos partido de esta pregunta: “¿Qué deberíamos *hacer por* los jóvenes hoy?”, pero hemos concluido el Sínodo con otra pregunta: “¿Quiénes deberíamos *ser con* los jóvenes hoy?”. En esta transformación de la pregunta, hecha posible desde el momento que nos dejamos llevar por el Espíritu, fuimos invitados a convertirnos de “hacer por” a “ser con”.

En mi opinión, debemos recomenzar desde aquí. Ser menos una Iglesia que hace muchas cosas por los demás de una manera a veces obsesivo-compul-

siva, y ser más una Iglesia capaz de estar con las personas, capaz de perder el tiempo y crecer caminando juntos. Además, por qué no, estar en la compañía sencilla, gozosa y serena de Dios, vivir esa *fruitio Dei* que puede rejuvenecer la Iglesia y hacer que guste la alegría del Evangelio.

En resumen, el Sínodo de los jóvenes nos ha ayudado a hacer nuestra una nueva imagen de la Iglesia, bien sintetizada por un joven en el Sínodo y luego recogida por el papa Francisco en la *CbV*:

En el Sínodo, uno de los jóvenes auditores proveniente de las islas Samoa, dijo que la Iglesia es una canoa, en la cual los viejos ayudan a mantener la dirección interpretando la posición de las estrellas, y los jóvenes reman con fuerza imaginando lo que les espera más allá. No nos dejemos llevar ni por los jóvenes que piensan que los adultos son un pasado que ya no cuenta, que ya caducó, ni por los adultos que creen saber siempre cómo deben comportarse los jóvenes. Mejor subámonos todos a la misma canoa y entre todos busquemos un mundo mejor, bajo el impulso siempre nuevo del Espíritu Santo (ChV 201).

Concluyo con dos declaraciones, que parecerán contradictorias, pero no lo son en absoluto.

La primera es que la *CbV* no presta una atención privilegiada al término “acompañamiento” ni a la teoría del acompañamiento. El término aparece unas 40 veces en el texto y no parece ser una palabra clave en la carta que el papa Francisco entrega a los jóvenes y a la Iglesia. De los nueve capítulos que componen la Exhortación Apostólica, ninguno de ellos está dedicado, de manera específica, al acompañamiento. Se habla de acompañamiento, de una manera específica, solo con referencia a la cuestión de los acompañantes (cf. *CbV* 242-247) y a la práctica del acompañamiento en los últimos números del texto (*CbV* 291-298).

La segunda es que la *CbV* es, en muchos sentidos, la realización concreta de la idea del acompañamiento surgida en el camino sinodal, porque es una fuerte invitación a caminar juntos con los jóvenes. Se trata, de hecho, por parte del papa Francisco, de una *práctica de acompañamiento* de la Iglesia y de los jóvenes.

es: desea estar, de manera personal, cerca de cada joven en el camino de la vida. *CbV*, de acuerdo con el estilo magisterial del actual pontífice, privilegia un estilo pastoral concreto y propositivo, hecho de escucha empática y de proximidad real. Por tanto, no existen teorías y disquisiciones sobre el acompañamiento, sino un intento concreto de poner en práctica un estilo eclesial de acompañamiento con y para los jóvenes.

Por tanto, corresponde a aquellos que están llamados a reflexionar sobre la praxis eclesial con inteligencia y pasión –teólogos de la pastoral y catequetas, en primer lugar– el estudio y la recuperación de estos textos, para que surja una teoría crítica del acompañamiento que sea convincente para nuestro tiempo, para nuestro mundo y para nuestra Iglesia.

